



CAPITULO XIV

El héroe de las derrotas

AQUEL año se anticipó el invierno más de lo que solía, y á pesar de que apenas mediaba Noviembre, ya empezaba á nevar y á hacer tal frío, que mal año para el de la retirada de Rusia.

Salimos de Lagos tristes y llenos de preocupaciones; pero creyendo á pies juntillas que la destitución de don Santos era una tenebrosa y horrible conspiración tramada para quitar de enmedio á nuestro General. Ahora, ya viejo, cuando recuerdo que, aunque con disfraces, empezaba el plan por anunciar que los ministros extranjeros nombrarían presidente, comprendo que si hubo intriga y chicana fué de parte de otros hombres que «los del poder, de la fuerza y la fortuna», á quienes atribuía el excelente caudillo su sonado fracaso.

Y he pensado más: he pensado que quizás desde entonces anduviera ya en el ánimo de los diplomáticos europeos el propósito de fabricar aquel indigesto pastel con que más tarde nos obsequiaron y que tan caro salió á unos como á otros. Quizás esos Metterniches de pega pensaron aprovechar como materia disponible el candor, la buena fe, el sincero humanitarismo y la noble condescendencia del señor Degollado, y á eso se debió aquella serie de sucesos que tantos y tan espantosos trastornos trajeron.

Pero si tal pensaron los hombres de cancillería, se equivocaron de todo en todo. Miravete, que fué á Guadalajara á conducir el plan, me refirió muchas veces la sorpresa que le causó ver que no le recibieran con palio, y se manifestaran entusiasmados los generales ante aquel engendro portentoso que iba á acabar con el mal horrible de la guerra. Pintaba mi amigo, que era gracioso, bien entendido, de puntual memoria y de fácil palabra, cómo llegó al cuartel general de González Ortega en Belén; cómo Ortega congregó en seguida á Zaragoza, Doblado, Ogazón, Valle y algún otro, y les comunicó la embajada de mi amigo. Parece que ordenó el vencedor de Peñuelas al ayudante de don Santos que diera lectura á los documentos que llevaba; que temeroso Zaragoza de desmandarse ó de cometer una indiscreción, pidió permiso para salir del cuarto en que estaban, y que habiéndole negado

la venia el general en jefe de los sitiadores, exigiéndole, por el contrario, que diera su opinión franca y neta, Zaragoza tuvo que declarar que sólo por saberlo de buen origen consentía en creer que fuera de Degollado aquel papel que no parecía obra de un patricio, pero ni siquiera de un mexicano. Todos los generales estuvieron conformes con la opinión de Zaragoza, y Ortega concluyó por decir, con toda tranquilidad, que aguardaba esas respuestas; pero que sí, por acaso, alguno hubiera querido adherirse al plan, le habría mandado fusilar previas no sé qué ritualidades. Poco después se reunió la junta de generales que dió por escrito y oficialmente su parecer reprobando el plan del caudillo y resolviéndose á terminar con aquella mascarada.

A la salida de Lagos, nuestro grupo parecía un cortejo fúnebre. Nada de conversaciones ni de bromas ni de chanzonetas; nada de la alegría que nos llenaba á todos en aquella época venturosa en que hasta el peligro era placentero. Y en efecto, era aquello un cortejo fúnebre, pues conducíamos con nosotros á un difunto que, como el Durandarte que creó el iluminado de la Mancha, hablaba y hasta pedía por favor que le sacasen el corazón y lo llevasen á donde estaba su Belerma adorada, que para don Santos lo era la *Libertad*.

Aquella carretera de México, que tantas veces había atravesado yendo ó viniendo de Guadalajara, se me quedó

impresa en el alma como si hubiera sido la vía dolorosa del nuevo Cristo, á quien me parecía conducir al martirio.

El aire de la mañana volvía alegre y comunicativo á don Santos, que por gusto había relegado á la retaguardia el carruaje que le servía de ordinario. Personalmente enjanzaba su caballo, recordando que los rancheros consideran la colocación de la silla, la manera de apretar la cincha, el volumen de los sudaderos y la postura del freno, algo tan personal y propio como lo es la fisonomía en el individuo ó el estilo en el escritor.

Pero á medida que el día avanzaba y que los pensamientos tristes empezaban á aletear cerca de la frente de nuestro jefe, éste se ponía más taciturno y más decaído que nunca lo había estado. De repente le veíamos enderezarse en la silla, afianzarse el barboquejo, menear la cuarta y azuzar al caballo, que salía disparado, manchando de espuma el bocado y con los ojos brillantes, como si oliera la pólvora y escuchara el ruido de los disparos.

A veces veíamos la blanca estela de polvo que como nube le envolvía, sin percibir detalle ninguno de la bestia y el jinete. Al fin nos encontrábamos á la una jadeante y al otro más aplanado que nunca debajo de algún mezquite que hacía parecer el suelo piel de tigre que se manchaba á trechos de pintas blancas ó negras, según soplara el

viento meneando las menudas hojas del árbol que se parece á la raza indígena en su apariencia débil, en su facilidad para arraigar en cualquier suelo y, sobre todo, en su humildad y en su potencia para multiplicarse.

Otras veces hacía don Santos galopar el caballo, y á ese paso llegaba al sesteo ó á la jornada sin haberse rendido, sino pareciendo más enhiesto que antes. En ocasiones se quejaba de hambre; pero apenas empezaba á comer, abandonaba los frijoles ó las *gordas* que por todo regalo nos hallábamos en el ranchuelo que se había escapado, por error, de las hordas de unos ú otros contendientes.

Un día, lo recuerdo como si fuera el en que borrajeo estas líneas, habíamos descansado en el rancho de Coyotes. A la media noche los perros empezaron á ladrar, con esa persistencia que indica que han percibido el paso de hombres ó bestias que les han puesto en alarma. A poco silbó un tiro, luego otros dos y luego una serie de ellos. Desde el primer disparo Degollado se había puesto en pie, se había cubierto el pecho y la espalda con la *talmita* que le acompañaba siempre y había salido á examinar lo que pasara tratando de explorar la obscuridad. Uno de nosotros se le acercó.

— Señor, no trae usted arma ninguna... Va usted á dar dado. Si le toca un plomazo, la responsabilidad es nuestra.

— Un tiro, contestó sonriendo. ¡Qué más quisiera que un tiro bienhechor! Pero no haya miedo: los tiros no me hieren porque el destino sabe que desataría un nudo muy bien atado, si pudiera yo morir tan fácilmente.

Y todo aquello con una imperturbabilidad, con una calma, con una frialdad tan grande, que producían verdadero terror.

Un día tuvo de regocijo, el cuatro de Noviembre, al saber la caída de la plaza de Guadalajara, la retirada de Castillo y la derrota de Márquez. Todo fué comentarios y suposiciones, al grado que no parecía sino que estaba viendo, una por una, las peripecias de aquellas jornadas memorables.

— Ciertísimo estoy de que Leandro Valle ha contribuido á este resultado... Créanmelo; si una bala de los mochos no se lleva á este muchacho, tenemos que verle en un lugar altísimo. Tales padres, tales hijos: don Rómulo es el tipo del pundonor y de la lealtad... También en eso de los convenios debe de haber desempeñado el primer papel mi amigo don Manuel Doblado... ¡Ah! de que uno del interior se pone á ser listo, no le da alcance ni un potro de buena rienda... Se acuerdan de mí; don Manuel se va á echar bajo el brazo á todos los políticos y, como le dejen, no ya á ser poco lo que de él oigamos decir... si vivimos... Pero el alma de todo es González Ortega. Admírense ustedes de cómo siendo las revoluciones cosa

tan mala, tienen siquiera una ventaja: sacar á luz á los hombres que valen, pese á quien pese...

Sólo respecto de Ogazón se manifestaba francamente mal dispuesto.

— Nunca he sido santo de su devoción... ¡Maldita idea esta de creer que hemos de acabar con la clerigalla levantando frente á ella otra clerigalla jacobina!... Un fanatismo contra otro fanatismo, una furia contra otra furia, nada mejoran y nada crean... Y lo peor es que Ogazón tiene á su lado á un consejero desastroso, su pariente Ignacio Vallarta... Y no porque Vallarta sea malo; quizá su defecto consista en ser bueno: cree demasiado en los dogmas, para no resolverse á plantear el reinado de la justicia absoluta... mandando cortar unos cuantos centenares de cabezas de gentes imperfectas...

Y así seguía discurrendo acerca de todos y cada uno de los personajes liberales y conservadores, ponderando sus cualidades, definiendo sus tendencias, haciendo augurios sobre su probable destino y mezclando con sus apreciaciones mansas, su puntita de sarcasmo comedido y urbano. Quisiera recordar todas aquellas opiniones, que de seguro serían curiosas, porque se podría decidir en qué acertó y en qué se equivocó el grande hombre.

Los compañeros habían ido separándose poco á poco, debido á que don Santos les despachaba con comisiones ó simplemente les disponía incorporarse á sus brigadas.

— No quiero hacer el Napoleón que marcha á Santa Elena... Me basta con uno ó dos amigos y no he menester de Estado Mayor... Precisamente deseo que no haya Montholon, ni las Cases, ni Gourgaud que se disputen mi favor... Demasiado han de hablar mis enemigos de mí para que vaya, además, á darles el gustazo de hacerles saber que llevo cortejo...

— Usted, Pérez, me dijo un día, reúname con las tropas que van á más andar caminando para México. Dese usted el placer de tomar parte en esa lucha memorable; es un bonito recuerdo para un muchacho como usted... Vaya, que al fin no tardaré en encontrar á Benito Farías para que me acompañe. Vaya, señor de Pérez, que no por eso le agradeceré menos sus buenos oficios.

Salí llevando sendas y cariñosas cartas para Leandro del Valle y el general Ortega. Por sierras y montes emprendí mi camino evitando siempre toparme con las partidas de todos colores que merodeaban á mi paso. Si hubiera sido posible que en aquellas circunstancias me diera cuenta de primores de paisaje, no habría dejado de notar aquellas serranías ingentes; aquellos peñones tajados á pico; aquellos barrancos que parecían abiertos por la espada de un Roldán moribundo; aquellas cascadas que, como cristal hilado, se despeñaban desde alturas increíbles; aquellos bosques tupidísimos que semejaban columnatas de algún templo elevado al culto de la Naturaleza;

y aquellos miles de aves de pintado plumaje que iban descuidadas de mata en árbol y de árbol en peñasco sin importárseles un ardite de liberales ni de mochos.

Acompañándome de rancheros, de conductores de recuas, de soldados fugitivos y de todo género de gentes, conseguí arribar, bien mediado Diciembre, á Celaya, ciudad famosa del Bajío que con su hermosura y su riqueza atrae y detiene al visitante.

Al entrar noté cantidad de soldados enfermos que llegaban conducidos en angarillas ó á lomo de mula, y á muchos cansados que se arrastraban trabajosamente. Tenían los pies hinchados como si hubieran padecido elefantiasis, y envolvían sus pobres extremidades en trapos y algodones. Recuerdo de un tipo de aquellos, negro como la tizne, llena la cara de granos, con la es-



clerótica tornada de blanca en rojo, que sentado á la vera del camino donde había dejado un otate en que se apoyaba, consentía que una bruja de huaraches, sombrero de palma y palo en la mano, le diera fricciones en los pies, convertidos en algo que confinaba con la pezuña y casi llegaba á la esfera del tronco de árbol, cuando oí una voz que me dijo en tono apenas perceptible:

— Cúidese usted de ese prójimo en el campo de batalla, porque á la mejor, le degüella: es el jefe de los *pepenadores*.

Volví la cabeza por ver á quien me hacía tan caritativa advertencia y ví... una gran cicatriz, una barbilla escasa, un pañuelo rojo que subía y bajaba en la mano del interesado...

— Señor de Guerrero, grité con ansia y satisfecho de encontrar una criatura algo razonable (pues no es posible decir que mi amigo lo fuese del todo). Él me miró á la cara, notó mi pelaje; pero no tardó su admirable retentiva en sacarle de dudas.

— ¡Peritos de mi alma, qué fortuna de verle!... créame que con todo contaba menos con echarme al rostro á un amigo tan simpático. ¡Vaya con el señor Pérez!... Si viera, amigo, todo lo que tengo que contarle!...

— Lo creo, sí señor; pero antes quisiera echar un largo párrafo con una cama medianamente limpia... Si usted supiera que después de un mes de comer *gordas* de arriero,

andar á caballo y á pie y subir cuestas y quebradas, no ambiciono devorar trufas, ni andar en coche, ni descansar en un canapé, sino sólo dormir en una buena cama y



luego tomar un baño tibio que me quite toda la porquería que he acumulado en las posadas de los recueros y en los caminos polvosos é intransitables...

El parlanchín movía la cabeza, me hacía señas de inteligencia, abría el ojo que tenía apto para el servicio, y, sin decirme palabra, me llevó hasta un parador que se abría frente á la plaza de armas. La gran puerta con clavos y cerradura de filigrana, el zaguán empedrado con huesos de cerdo, la ancha escalera de peldaños gastados y el escudo que se veía en los capialzados de las ventanas

denunciaban el origen señorial de aquella vivienda; pero si ninguna de esas cosas hubiera habido, habría bastado á dar fe de lo antiguo y ostentoso de la casona, la cama que me destinaron en el piso alto. Era también de dos pisos, tanto que se necesitaba de una mediana escalera para ascender donde se encontraba el colchón, por cierto blando y perezoso y que invitaba dulcemente al descanso. Las sábanas eran bastas, pero blancas y limpiísimas; hacían el efecto de un baño suave y reparador en que se mantuviera el cuerpo á una temperatura siempre ascendente.

No ví cuando mi amigo se despidió cerrando suavemente la puerta, dejé á medio devorar un panecillo y un cangilón de chocolate que me habían llevado hasta aquel lecho de honor y me eché á roncar como un bendito. Cuando desperté me dolían todos los huesos, toda la carne y todos los nervios; y no había sitio del cuerpo que no sintiera magullado, macerado y hecho pedazos.

Me incorporé trabajosamente, é iba á reclamar porque me despertaban habiendo apenas descabezado un sueñecito, cuando la voz de don León interrumpió mis quejas.

— Amigo, ¡qué sueño atrasado debe de haber traído! catorce horas de dormir no me parece un mal descanso.

— ¡Catorce horas! grité asustado. ¿Qué hora es?

— Las nueve de la mañana. Como usted se acostó á

las siete de la noche de ayer, no me parece errada la cuenta.

— ¡Malajo! y yo que quería tomar la diligencia de hoy: trataba de alcanzar al general Ortega en Querétaro.

— Pues le alcanzará tomando la de mañana; nada hay perdido.

Me vestí á toda prisa, me eché encima el capote, única prenda militar que poseía, pues soplabá un airecillo que daba el quíen vive, y acompañado de don León, salí á recorrer la ciudad.

— ¿Y qué hace usted aquí, mi buen amigo? pregunté al gran farolón.

— Soy todo y soy nada; me ocupan ostensiblemente como pagador de la brigada Valle; pero lo cierto es que intervengo (y aquí bajó la voz) como factótum en las determinaciones de los jefes aconsejándoles, reprendiéndoles, enseñándoles y haciéndoles ver cómo deben caminar... Porque, compañero, hay entre estos correligionarios nuestros cada mula que da horror... Venimos de Guadaluajara, que tomamos el treinta del pasado. Amigo, aquello fué batir el cobre y demostrar coraje... Y vaya que los malditos cangrejos son hombres de armas tomar... ¡Ese Santo Domingo, ese Carmen, ese San Francisco! Allí murieron hombres, allí corrió sangre, allí se vió lo que alcanza la gente mexicana. Válgame Dios, ¡qué soldados de Zacatecas, qué jinetes de Huerta, qué valor de Valle,

qué serenidad de Zaragoza!... ¡Y qué lástima daba con los infelices! Pedimos un armisticio para que saliera toda aquella gente; lo concedieron; pero al sonar la primera campanada de las doce, tronó el cañón y los pobres que se retiraban llevando padres, hijos, muebles, animales y provisiones, tuvieron que huir cayendo y levantando no sin que dejaran de alcanzarles balas de fusil y cascos de granadas. ¿Pero, sabe usted lo gracioso? La bromita que les jugamos á los mochos... Pues, señor, que Manuel Doblado, que es de la piel de Judas, no sé cómo demonios se hizo de amistades con un lego, tuerto él, jorobado él, borracho él y mujeriego él... El tal leguito tenía como palillo de dientes en todas sus conversaciones al padre Fray Felipe; — Fray Felipe, no sé de qué — y Fray Felipe por aquí, y Fray Felipe por allá, y la sabiduría de Fray Felipe, y el tino de Fray Felipe, y la habilidad de Fray Felipe; y siempre el frailecito traído y llevado por todas partes... Manuel, con su mónita y su seriedad acostumbradas, hizo creer al borrachón del leguito que si el famoso Fray Felipe consentía en servir de intermediario, se lograría que los demagogos levantaran el sitio. Un día, después que el lego bebió como una cuba en el magnífico alojamiento de Doblado, convino en llevar un mensaje al fraile, suplicándole se pusiera al habla con nosotros. Manuel nos previno á Prieto y á mí que le siguiéramos y así lo hicimos, parando en un cuarto lleno



Un día, después que el lego bebió como una cuba...

de tiestos rotos, tierra para macetas, carretillas volcadas, mecapales de cuero y cien mil zarandajas inútiles; la estancia estaba iluminada por un veloncillo de sebo puesto en el gollete de una botella y sólo se distinguía, como nota brillante y ordenada, un llavero que tenía colocados sendos papeles que decían: «Locutorio — Definitorio — Refectorio — Puerta secreta, etc.»

El fraile era mozo, de gran calva, cabello negro ordenado en bandós, barriga prominente y ojos vivos. Doblado le recibió con unos rendimientos, una reverencia y unas mieles que habrían engañado á cualquiera.

— Señor, empezó á decirle Manuel, me permití rogar á mi buen amigo el lego Villacampa que suplicara á V. P. me concediera el honor de esta entrevista. Créamelo, señor; no estamos separados por diferencias fundamentales: somos hermanos, somos amigos, tenemos sangre, origen, religión, creencias idénticas... ¿Por qué nos hemos de destrozarnos y de hacernos daño cuando puede cesar ese estado de tirantez y de egoísmo? A personas como V. P. está reservado acabar con esta situación incalificable, que no debe prolongarse un día más.

— Señor General, respondió el frailucho dejándose querer, me confunde V. E. con sus bondades. ¿Qué va á hacer, qué va á decidir este pobre fraile que nada sabe de eso que llaman razón de Estado y modos de gobierno? Claro que me duele el alma al ver estos destrozos; pero

yo, que sé mucho del retiro de la celda, algo de guiar la conciencia ajena, poco de conducir la mía y nada del modo de lograr el gran negocio de la salvación, absolutamente nada alcanzo de la manera de concluir estas tremendas rivalidades, que me limito á llorar en lo obscuro de mi cuarto.

— No, reverendísimo padre, no, señor; eso se lo hace decir á V. P. la grandísima modestia que le llena; pero en verdad que no hay nadie tan abocado como V. P. para intentar esta empresa, para lanzar el *quos ego* en esta deshecha tempestad... ¡Animo, mi reverendo padre, ánimo, señor! y si se empeña, no tardaremos en ver que los bandos, los enemigos, los partidarios, se acerquen para darse el abrazo de hermanos.

Guillermo y yo estábamos admirados; pero nos quedamos positivamente estupefactos cuando vimos que el General abrazaba al fraile con una efusión que rayaba en el enternecimiento. Nos despedimos en los mejores términos, y, cuando empezamos á comentar el caso, le preguntamos á Doblado qué significaba aquel abrazo tan intempestivo. El General no contestó; pero sacando una llave que decía «*Puerta secreta*», nos la enseñó por vía de explicación. Por esa puerta penetraron nuestras tropas la noche del día 29, que tomamos á San Francisco...

Dejé de prestar atención al imperturbable narrador para ver á un carro atascado entre baches. El carretero

juraba con su variado y selectísimo vocabulario, secundado brillantemente por una colección de viejas, soldados uniformados y sin uniforme, y picadores á caballo, que veían el paso obstruído.

— Mire usted á los de Michoacán que llegan ahora; son buenas gentes. Ya les verá usted en el fuego y se convencerá de que de veras valen... En Guadalajara se lucieron, y por Dios que son templados... El día de los convenios... pero no le he contado á usted eso... ¡Vaya que vale la pena! Ha de saber usted que nos hallábamos Prieto, yo y otros varios jugando unas manitas de tute en la huerta de Valle, cuando nos llamó un ayudante de Doblado; fuimos á ver qué se ofrecía, y tras de un preambulito del jefe, éste nos dispuso que entráramos á parlamentar á la plaza. Ya nos esperaban el general don Apolonio Montenegro y Pepe Velázquez de la Cadena, que, al saludarnos, nos exigieron palabra de honor de que no revelaríamos nada de cuanto viéramos. Redundancia, tontería y cosa inútil: como lo primero que hicieron nuestros introductores fué taparnos los ojos con sendas *mascadas* de seda, aunque hubiéramos querido desgañitarnos y poner tablados, habría resultado igual, pues nada veíamos ni podíamos ver... Apenas habíamos empezado á caminar por el recinto fortificado, cogiéndonos de las rejas de las ventanas y tanteando el suelo con los pies, cuando, ¡pim, pim, pim! balazos y más balazos procedentes de las azoteas; las tro-

neras, los fortines y toda clase de aberturas. Gritaban hasta enronquecerse y hacían señas hasta cansarse nuestros Virgilios, que lo eran desde el momento que tenían que sacarnos sanos y salvos de aquel círculo de fuego más tremendo que la Mabelolge; pero empeño inútil: los religioneros se encarnizaban con el grupo empeñándose en probar que había buenas punterías entre los defensores de la fe... Por fin, los valientes mochitangos, desesperando de poner calma en aquel conflicto, nos cogieron en brazos y nos llevaron hasta donde esperaba Castillo. Ya conoce usted á don Severo; está *intico*, que le dejó el 53, salvo que ahora se encuentra más sordo que el que no quiere oír. Nos recibió con cortesía y se puso á nuestras órdenes para la resolución del asunto que nos llevaba... Prieto, ya le conoce usted, le echó un discursito lleno de imágenes en que sacó á relucir la ciudad destrozada, las viudas, los huérfanos, los cadáveres insepultos y la ruina y la desolación que por todas partes reinaban, concluyendo por ofrecer á Castillo y á Cadena cien mil duros por barba á fin de que hicieran cesar aquella situación. Oyó Castillo impertérrito cuanto le dijimos, y concluyó por rechazar una oferta que lastimaba su honra: otro tanto hizo Cadena.

Salimos al fin del recinto y fuimos á dar á Doblado noticia de nuestra comisión. Nos oyó Manuel, celebró que la ciudad se rindiera sin necesidad de ocurrir á aquellos di-

nerales, y, cuando Guillermo se extendía hablando de la integridad, la honradez y no sé qué otras prendas de Castillo y Cadena, el socarrón del General dijo con toda calma:

— ¡Pero, hombre, si has hablado reunidos á esos sujetos!... Si les hubieras llamado á capítulo separadamente, otra habría sido la suerte de tus libranzas.

Y señalaba las letras que nos había entregado para el soborno.

